

MARCELO CODDOU

VALLE INCLÁN VISTO POR ALFONSO REYES

PEDRO SALINAS, autor de uno de los ensayos de mayor lucidez crítica que se hayan dedicado a Valle Inclán, recopiló en breve nota una síntesis de los juicios que con ocasión de la muerte del *manco de Madrid* formularan sus compañeros generacionales del 98. En esos “recortes de prensa” reunidos por Salinas pueden leerse las opiniones de Jacinto Benavente, Baroja, “Azorín”, Maeztu, Unamuno, Manuel Bueno y Juan Ramón.

Siempre nos había parecido de alto interés ampliar esa visión, considerando los ensayos críticos de sus coetáneos que no hubieran sido redactados bajo el imperio de la circunstancia, sino como fruto de una consideración, más que afectiva, realmente deseosa de aquilatar con justicia sus verdaderos valores y significación. El conocimiento de las formulaciones interpretativas de los compañeros de letras de un autor, es imprescindible para el trabajo de investigación posterior, más extenso y detenido, aquél que cuaja en libros completos y que deben recoger el estado de opinión contemporáneo al autor estudiado, para medirlo y aprovechar todo lo que sirva a la nueva visión. La historiografía literaria nos brinda múltiples ejemplos: baste recordar cuánto deben los estudios gongorinos de Dámaso Alonso a los comentaristas del xvii.

Entre los coetáneos de Valle Inclán que bien supieron aguzar la intuición para calar hondo en su genio y figura, sobresale notablemente el polígrafo mexicano y universal don Alfonso Reyes.

A ese soberbio estilizador de la lengua que fue el tremebundo inventor esperpéntico dedicó don Alfonso varios artículos, escritos todos ellos durante su permanencia en Madrid entre los años 1914 y 1924, que son también los de la consagración definitiva de Valle

Inclán. Estos escritos alfonsinos fueron recogidos —en su mayor parte— en la Cuarta Serie de *Simpatías y Diferencias*, la titulada *Los Dos Caminos* y reproducidos después en el tomito de “Austral” *Tertulia de Madrid*.

Reyes fue uno de los primeros americanos —antes Darío— en apreciar el sentido auténtico de la creación de Valle Inclán y sin duda el que supo antes que nadie indicar una veta riquísima de trabajo a la investigación literaria: el estudio de las relaciones entre el autor gallego y la cultura hispanoamericana.

Así como se han dedicado libros enteros a explorar las huellas de la actitud de Unamuno respecto a América —recuérdese las obras de J. César Chaves y de M. García Blanco—, podrían escribirse volúmenes sobre los enlaces de Valle Inclán y los escritores americanos. Allí se constataría el impacto provocado por su genio en los contemporáneos de este lado del Atlántico; se observaría meditadamente las relaciones entre sus obras y las de los hispanoamericanos; se revisaría con detención la influencia ejercida por su prosa insigne en las producciones de nuestros creadores. Después de Reyes, no son escasos los trabajos de interés que sobre el tema se han publicado. Entre muchísimos, podemos mencionar algunos que, con un carácter erudito ajeno al espíritu de los escritos alfonsinos, han revisado la novela esperpéntica de motivo americano *Tirano Banderas*. Así, el de Juan Antonio Ayala que estudia el camino que va desde esa obra a *El Señor Presidente*, de Asturias (en *Cifra de Humanidad*, San Salvador, 1955), y que utilizara, ampliándolo inteligentemente, Seymour Menton en su análisis comparativo de *Nostromo*, *Le dictateur*, *Tirano Banderas* y *El Señor Presidente* (*Humanitas*, U. de Nuevo León, México, 1960). No debe olvidarse tampoco el documentado examen que de “La elaboración artística en *Tirano Banderas*” realizara la escritora argentina Emma Susana Speratti Piñeiro (El Colegio de México, 1957).

Nos proponemos recordar ahora, en pocas líneas, esas páginas magistrales en que Reyes nos brindara su *visión* del manco de Madrid. La semblanza humana que de él nos trazara don Alfonso, vale como el más vívido de los múltiples retratos que tantos otros escritores nos han proporcionado de esa figura tan notable como era la de don Ramón María del Valle Inclán. La valoración, penetrante y ágil, de algunos aspectos fundamentales de sus obras, constituye enjuiciamiento casi definitivo, no obstante, los años transcurridos.

Es cierto que Reyes ha indicado —al prologar *Tertulia de Madrid*— que las páginas periodísticas de su período madrileño no constituyen dictámenes críticos “sino que ocupan más bien un término medio entre el recuerdo y el juicio”. Pero no puede dejar de apreciarse la penetración certera de sus enfoques y la incitante vitalidad de su decir.

Cuando se ha intentado clasificar la producción ensayística de Reyes en su etapa española, se la ha agrupado en tres órdenes: obra hispanística —la extraordinaria desarrollada en la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos—, obra creativa —colecciones de ensayos de prevaescente intención literaria, como *Visión de Anáhuac*— y obra periodística. En este último grupo deben incluirse los ensayos aparecidos en semanarios y periódicos de la capital española. Constituyen las cinco series de *Simpatías y Diferencias* (1921-1926) y los *Retratos Reales e Imaginarios* (1920). El mismo Reyes dirá, en *Reloj de Sol*, que estas colecciones son “libros de agregación casual, más o menos hábilmente aderezados y organizados para la publicación”, a diferencia de los “libros verdaderos, que hay que respetar como están: poemáticos, cíclicos”.

Comprenderemos el sentido último de la producción periodística de Reyes en Madrid —y a ella pertenecen los estudios que ahora revisaremos— en la medida en que nos demos cuenta que es el ideal de acercamiento entre Europa e Hispanoamérica el que la preside. Ese intento de crear una corriente dinámica de comprensión se manifiesta claramente en la serie *Los dos caminos* en que incluye sus “Apuntes sobre Valle Inclán”, junto a los dedicados a Azorín, Ortega y J. R. Jiménez. En su esfuerzo por interesar a la intelectualidad española por las cosas de América, Alfonso Reyes dedicará lo medular de estos ensayos a una consideración crítica de las relaciones entre esas personalidades hispánicas y la cultura americana.

En *Cartones de Madrid*, que abarca escritos de Reyes de los años 1914 a 1917 y que el mismo don Alfonso definiera como “cuadernos de notas y rápidos trazos, testimonio de lo más superficial que he visto en Madrid”, “prejuicios de retina”, publica su primer artículo dedicado a Valle Inclán. Se refiere allí a una conferencia que el autor de *Divinas Palabras* pronunciara en el Ateneo sobre el “quietismo estético”. El *testimonio* nos aporta, en ágiles líneas, el poco conocido, pero no menos certero retrato del gran poeta. El “Saludo” que encabeza el libro *Cartones de Madrid* anuncia el principio visual que informa todos estos escritos: colorido y dominio

de la pintura de rasgos caricaturescos revela la semblanza trazada por Alfonso Reyes, verdadero *maestro definidor*:

Don Ramón es una figura rudimental, de fácil contorno: el mirarlo incita a dibujarlo; con dos circulitos y unas cuantas rayas verticales queda hecha su cara (quevedos y barbas); y con cuatro rectas y una curva, su mano derecha (índice, cordial, anular, meñique y pulgar). Cara y mano: lo demás no existe, o es sólo un ligero sustentáculo para esa cara y esa mano.

La imagen la dinamizará después al presentarlo en su *actuación de conferenciante*: "lanzadera metafísica, la mano va y viene. La cara es fecunda como una cifra, y la mano desenmadeja las infinitas connotaciones de la cara". Con pluma maestra Reyes nos hace sentir en vivo lo que fue ese instante frente a Valle Inclán:

Después de la conferencia, a la vez que una emoción de linda y preciosa finura, nos llevamos el sabor de algo áspero, bronco y hasta salvaje. ¿Qué ha sido ello? Lo diré: ¡la manga vacía! (...) Como esos despertadores que vibran y brincan al disparo de una potente maquinaria, aquel frágil ropaje humano ha vibrado y ha brincado también sacudido por una idea más grande que él. Entonces, al abrirse la mano derecha como un ala, al desarrollarse el brazo derecho como un remo en una tempestad, el muñón izquierdo se ha erguido, tremolando al aire —con una elegancia ya sangrienta— una manga vacía.

La pintura de Valle Inclán que hemos reproducido, como otras realizadas por don Alfonso en su período madrileño de personajes que él allí conociera, revela un aspecto del ensayo alfonsino que no tiene antecedentes en su propia obra. Manuel Olguín ha observado con precisión esta singularidad de la nueva escritura de Reyes: "ahora lo vemos en esa obra ensayística de cuerpo entero: no sólo como el recogido estudioso, sino también como el hombre activo a quien ya conocíamos en México, pero que no se transparentaba en sus ensayos de entonces: el escritor que ha abierto de par en par las puertas del gabinete, se ha echado a las calles para auscultar el ambiente, observar las ciudades y la gente, cultivar el trato con otros escritores, comunicarse con el gran público de los periódicos, realizar más eficazmente la misión social que él mismo exige de todo intelectual: fomentar el mutuo conocimiento y la comprensión entre los pueblos mediante el estudio y divulgación de sus respectivos valores".

Considérense estas palabras del profesor chileno puesto que ellas nos proporcionan la clave de comprensión de la labor llevada a cabo por Reyes en España y explican el espíritu con que fueron elaborados sus ensayos periodísticos de ese período. En el caso de los estudios sobre Valle Inclán es excepcionalmente notorio ese razgo y lo resaltamos para constatar el valor que tienen para nosotros las presentaciones críticas que del autor de *Tirano Banderas* ha hecho don Alfonso Reyes. Por ellas no sólo logramos una imagen vívida, sino que además vamos penetrando en las relaciones mantenidas con lo americano por el escritor gallego.

Así en otro importante "Apunte", el titulado "Valle Inclán a México" —que publicara por primera vez en *La Pluma* de Madrid—, cuenta Reyes las horas de tertulia compartidas en la terraza del Café "Regina", donde Valle imperaba como astro refulgente, proporcionando en cada monologar interminable, lecciones vivas de estética. Reyes ve resuelta la existencia de Valle Inclán en la fórmula de sabiduría abreviada propuesta por Baudelaire en su diario íntimo: "toilette, prière, travail" a lo que añade "y tertulia":

Por las mañanas, dormía. Almorzaba cerca de la una, y antes de las tres (siempre andaba a pie y muy de prisa —recuerda don Alfonso—) ya estaba en el Ateneo, dirigiendo los ensayos del Teatro de la Escuela Nueva, aconsejando a Rivas Cherif más energía y sobriedad, o más gracia y soltura a Magda Donato; representando los papeles de todos; creando de nueva cuenta las obras con sus interpretaciones personales.

Al anochecer, el día se le iba poniendo soportable. Entonces se resolvía a callejear, acompañado de algunos amigos silenciosos, como Luis Bilbao, el imponderable.

A las siete, ya estaba en el Café Regina, donde le guardábamos siempre su sitio de honor.

Tertulia toda la noche, seguida en el Café Inglés o en el Liceo de América: "el amanecer le sorprende impávido —como a Sócrates en *El Banquete*— entregado con serenidad a los deleites de la charla. Es su genuina creación artística. El tiempo de regresar a casa y ya está llenando cuartillas: de una sola vez, sin volver atrás, numerándolas antes de empezar a escribir, con una fluencia magistral, con ritmo y vuelo de perfección subconsciente".

Junto con el trazo feliz de la figura, la nota certera sobre el escritor, que nos informa sobre la elaboración de sus obras: "este

hombre platónico sabe siempre de antemano lo que va a decir y a escribir. Procede por arquetipos, por grandes ideas previas, y deja rodar las consecuencias hacia los hechos particulares, con la seguridad y confianza del que ha dominado por completo las disciplinas". El apunte de Reyes es enormemente ilustrativo. La investigación posterior —¡cuán profusa es la bibliografía crítica sobre Valle Inclán!— estudiará con sistemático detenimiento y cuidadoso aparato exegético el voluntarioso quehacer de Valle, la estudiada arquitectura de sus obras, el prodigioso esfuerzo de estilo que significaron las creaciones anteriores a aquellas que obedecerían a "la estética del Callejón del Gato" —y que tan notablemente nos ha hecho apreciar Pedro Salinas.

En el artículo de Reyes que estamos apostillando, antes de relatarnos el viaje a México del gallego genial, apunta otro juicio que la posteridad se está encargando de ratificar:

"En el 'Esperpento', su último género tragicómico —esto lo dice don Alfonso en 1921—, está todo él, con la fantasía de sus conversaciones y su amenidad misteriosa. Hasta la lengua en que escribe es ya una cosa muy propia y suya. Escribe la prosa en Valle Inclán; un idioma hecho para uso de su alma, por afinidad electiva y selección natural".

Reyes ya observaba, en el instante mismo en que el hecho se estaba produciendo, la significación trascendente que tendría para las literaturas hispánicas la lengua que Valle creaba, en un reencuentro afortunadísimo con una línea permanente del espíritu español, la de un Quevedo, un Goya, un Solana.

En este vaivén constante entre la anécdota y el dato decidor y el enjuiciamiento crítico, don Alfonso nos lleva en el mismo "Apunte" al recuerdo del día en que recibe el encargo de su gobierno de invitar a Valle Inclán para las fiestas del Centenario de la Independencia mexicana. Estando Reyes en San Sebastián y Valle en la Puebla del Caramiñal, le formula telegráficamente la invitación, que éste acepta con entusiasmo. Y no podía ser de otra manera: "México me abrió los ojos y me hizo poeta. Hasta entonces yo no sabía qué rumbo tomar" —había confesado el autor gallego a Reyes, rememorando en una ocasión su primer viaje al país azteca. En otra oportunidad, en el Ateneo, Reyes le escuchó decir: "—¡Y decidí irme a México, porque México se escribe con x!—", lo que hace comentar a don Alfonso: "¿De suerte, querido maestro Unamuno, que esa x de México, en que usted veía hace algunos años el signo de la pedantería

americana, tuvo la virtud de atraer a Valle Inclán, y hacerlo poeta? "¡Oh, x mía, minúscula en ti misma, pero inmensa en las direcciones cardinales que apunta: tú fuiste un crucero del destino!"

Ensayistas americanos y peninsulares han espigado la huella profunda que la patria de Reyes ha dejado en toda la producción de Valle Inclán. El polígrafo observaba ya en ese artículo de 1921 cómo "este amigo del chocolate y la marihuana se complace en evocar las visiones de Mérida y de Veracruz, y en sus *esperpentos* del último estilo hay mexicanismos en abundancia, como una incorporación definitiva de la sustancia del recuerdo".

Reyes comprobó en sus charlas de café junto a Valle Inclán el amor que éste tuvo siempre por la tierra mexicana. Esto contribuyó mucho sin duda a acercar a los dos grandes hombres. En el "Envío" final de su escrito le desea "Séanle gratos el cielo y el suelo de Anáhuac. Del *entresuelo* nada digo, porque usted (contra la opinión expresada en un famoso epigrama por la duquesa de Salm-Salm) lo ha declarado ya adorable".



Otro ensayo, de cariz diferente al que acabamos de reseñar, es el que Reyes escribe desde una posición de *historiador de la literatura*, a propósito de un banquete ofrecido por los escritores de España a Valle Inclán en 1922. Reyes recoge allí importantes declaraciones formuladas por el creador de las *Sonatas* sobre tema tan controvertido como es el de las *fuentes literarias*. La famosa acusación de plagio que le hiciera Casares en *Crítica Profana*, había recibido en esa oportunidad respuesta clara de parte del propio autor. Reyes aprovecha para defender un criterio al respecto y, citando un estudio de Solalinde —"de mejor sentido que el de Casares"— sobre la fuente del cuento "Una Nubecilla", de Valle, y otro de Díez-Canedo sobre la influencia ejercida por Teixeira de Queiroz, concluye que el análisis de las fuentes "no perjudica ni empequeñece nunca al artista. Otro tanto puede hacerse —agrega Reyes— con Shakespeare, con Lope de Vega; lo propio con Anatole France o con D'Annunzio. Y con todos, con todos". Desde antes de Zamora Vicente hasta Seymour Menton, la crítica ha estudiado detenidamente el punto en Valle Inclán: todos esos ensayos no hacen sino confirmar el buen juicio con que Reyes propone el enfoque. Nadie puede negar el valor de profunda originalidad que tiene toda la producción de Valle Inclán, quien debiera, asimilando, caudal de muchas fuentes al que

supiera imprimir la genialidad de *su sello*, escribiendo "una prosa en Valle Inclán" como dijera Reyes.

En artículo posterior y bajo el título "Algo más sobre Valle Inclán", Alfonso Reyes retomará estas consideraciones, agregando algo definitivo: "V-I como tiene mucho, mucho da, y sabe que nada pierde con que la crítica investigue las fuentes y los pretextos de sus inspiraciones".



Ensayo de los más significativos para nosotros es el dedicado por don Alfonso a señalar las relaciones entre "Valle Inclán y América", en que desarrolla ideas ya expuestas en otro escrito suyo anterior y que servirá después de punto de partida necesario a todo estudio dedicado al tema. Recordábamos los trabajos de Seymour Menton y de Susana Speratti. Pero pensemos también en ensayistas hispánicos que no han podido dejar de reconocer lo que América significó para Valle Inclán: estudioso tan prolijo en la observación y de tan penetrante lucidez crítica como es Alonso Zamora Vicente, ha anotado con precisión la presencia de lo americano en las *Sonatas* de Valle. Lo mismo ha podido observarse con respecto a toda la obra del gallego y, tal como lo dejara apuntado Reyes, esta presencia es a veces conscientemente actualizada y otras actúa en "un vago fondo inconsciente", operando como tenue y cálido constituyente esencial de temple y espíritu.

Don Alfonso, refiriéndose a la *Sonata de Estío*, sostiene algo que, con mayor detenimiento ha sido estudiado después por la crítica: "aquí inaugura el maestro la interpretación artística, sutilizada, del ambiente mexicano, escogiendo las escenas, las palabras, los tipos más cargados de color; solicitando levemente los datos de la realidad para que todos resulten expresivos; trasladándonos a un momento convencional del tiempo, donde puede juntar lo más mordiente y vivo de los rasgos de algunas épocas. Así, aplica a los asuntos americanos el procedimiento con que trataba los temas peninsulares".

Destacamos el acierto con que Reyes ha sabido penetrar en rasgos de los más distintivos del crear de Valle Inclán: el cuidadoso escoger de lo expresivo, la omnipresente potencia de la intención artística, las constantes de su laborar literario que, por sobre el evidente desarrollo experimentado, conserva siempre una tónica fundamental inamovible, que es la de su sello particular.

De gran interés resultan también las citas que Reyes hace de algunos fragmentos significativos, con recuerdos americanos, de pá-

ginas de ese verdadero breviario de estética del escritor español que es *La Lámpara Maravillosa*. Reyes copia algunas ideas que Valle Inclán glosaría muchas veces en sus conversaciones con el mexicano:

En la llanura sólo florecen los cardos del quietismo. El criollo de las pampas debe a la vastedad de la llanura su alma embalsamada de silencio, y si alguna emoción despiertan en ella los ritmos paganos, es por la mirra que quema en el sol latino la lengua de España (...) Todo el conocimiento délfico de los ojos es allí convertido en ciencia de los oídos, y en sutil aprender de topos. Se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas llegar. Los pueblos de la pampa, cuando hayan levantado sus pirámides y sepultado en ellas sus tesoros, habrán de hacerse místicos. Sus almas, cerradas a la cultura helénica, oirán entonces la voz profunda de la India Sagrada.

A propósito de "La Tienda del Herbolario", de *La Pipa de Kif*, Reyes destaca la predilección del poeta por el rasgo exótico-grotesco, en enlace con el misterio y hondura de lo americano de México, entrevisto con luminoso poder de síntesis por el autor gallego.

Refiriéndose a los "Esperpentos", don Alonso observa el ir y venir de mexicanismos, "giros y equívocos": "es un murmullo que anda por la parte liminar de su alma, pero el escritor lo deja sentir con plena conciencia de lo que hace". Y comenta, con gracia no exenta de malicia regocijante, "los que estamos en el secreto, saboreamos y sonreímos". Reyes, hablando por su tierra toda, dice: "y agradecemos esta dignificación artística que don Ramón concede a tal o cual disparate humilde de nuestro pueblo, a tal o cual injuria recogida en labios de un jarocho de la costa o de un charro del Bajío".

En la larga serie de nombres hispánicos —que va desde el colonial Baltasar Dorantes de Carranza hasta el contemporáneo Díez-Canedo—, que han sabido amar a América en la presencia o en la lejanía nostálgica y esperanzada, el de Valle Inclán resalta con caracteres destacadísimos y Reyes comprendió ese acercamiento: "hay muchos que aman a América en su bienestar y en su sonrisa. Valle Inclán resiste la prueba de la verdadera simpatía americana: a él lo que de América le enamora es aquella vitalidad patética, aquella cólera, aquella combatividad, aquella inmensa afirmación de dolor, aquel hombrearse con la muerte".

Mucho más que una reseña bibliográfica, verdadero trabajo crítico en profundidad, constituye el estudio publicado por Reyes sobre la tragicomedia de Valle Inclán *Divinas Palabras*. De los ensayos alfonsinos dedicados al escritor gallego, éste no sólo es el más extenso, sino también el que proporciona un caudal mayor de posibles vetas de investigación. Claro, luminoso, penetrante, da las claves interpretativas del género de tragicomedia recreado por Valle Inclán, hace apreciar los logros del autor en cuanto a cumplimiento de un propósito estético y propone un enjuiciamiento de aspectos de la composición que hasta aquel momento nadie había considerado con la morosidad y profundidad requeridas.

Para Reyes, un creador de tanta obra genial, de prosa sin par y de audacia renovadora difícilmente igualable, resultaba paradigma auténtico del autor *plenamente responsable*, dando al término su significado más justo: conciencia del poder creador, segura concepción del conjunto y los detalles, entrega originaria a su quehacer.

Cinco etapas distingue Reyes en la obra de Valle según la evolución de los *riesgos* que ha corrido en su elaboración:

- 1º Las *Sonatas*: obra de estilista, de prosa musical, en tiempos en que la prosa renqueaba y andaba a trompicones por esos libros mazorrales de hace años;
- 2º La novela dialogada, donde el estilista vuelve contra sí propio sus armas, rompe voluntariamente la unidad y la fluidez del estilo y adopta un ritmo encabritado y cortado;
- 3º La tragedia en verso, cosa mandada retirar o desacreditada por intentos erróneos, de la que sale con honor;
- 4º La divagación teológica, que había desaparecido de nuestras letras (...), y
- 5º La farsa trágica, género ambiguo y peligroso (...)

A esta última etapa es a la que don Alfonso dedicará una exégesis que nos extraña sea tan poco citada por los especialistas en la obra de Valle Inclán. Nosotros la creemos tan excelente como la mejor, superada sólo por el incomparable estudio de Salinas recogido nuevamente en páginas de esta misma publicación.

Subtitulada "La visión panorámica", una ágil nota nos proporciona la clave precisa de interpretación de las figuras esenciales de la obra de Valle Inclán, al estudiarlas como *figuras panorámicas*, esto es, "cargadas de pasado" y, por ello, "ricas de porvenir":

Valle Inclán preferirá siempre las figuras 'improvisadas', los 'arribistas', aquellas en que la experiencia literaria se ha ejercitado ya reiteradamente, bien a través del poeta culto, o bien en la mente vaga del pueblo, de modo que están ya como modeladas al alma humana, encauzadas en la corriente de nuestro espíritu, y huelen a refrán o a sentencia de oro: Don Juan, Don Quijote, Don Rodrigo, un rey, el demonio, la muerte, una moza de cántaro, un ciego limosnero, un perro sabio.

Reyes aprecia el valor funcional de esta estética panorámica que otorga un poder de reminiscencia a todo lo que alude o describe Valle Inclán, por muy modesto que eso sea. El carácter evocativo del pasado artístico de cada figura ya ve ejemplificada muy bien don Alfonso Reyes con el caso de Don Juan, "brotado de lo más íntimo de la sensibilidad española", y a quien Valle Inclán ha comunicado un nuevo matiz significativo, al hacerlo reaccionar ante un motivo de contemplación: "ante la naturaleza, ante el paisaje y —lo que es la respiración periódica del paisaje— ante las estaciones del año", naciendo así las *Sonatas* de "la ética de las edades del hombre".

El ensayista ha observado muy bien el desvío de caricatura que significa la parodia tragicómica, en la que *su estética es aplicada con equívoco*. Aclarando el concepto de parodia, Reyes comenta la escena de liberación de los galeotes en el Quijote, de cómico carácter y tristes consecuencias... Derivado de la parodia, el género esperpéntico resulta "del choque entre la realidad del dolor y la actitud de parodia de los personajes que lo padecen. El dolor es una gran verdad, pero los héroes son unos farsantes".

Al referirse al esperpento, Salinas empleará expresiones como *relajamiento de la dignidad humana, indignificación, figuras retorcidas, actitudes contorsionadas*, etc. Técnica reestilizadora, según el propio Valle Inclán, lo central de ella consiste en "transformar con matemática de espejo cóncavo las normas clásicas". Ambas aclaraciones —la del autor y la del comentarista— nos parecen válidas. Veamos ahora el intento de definición del género que nos proporciona Reyes en el estudio que comentamos:

Cuando la seriedad de la vida, la fatalidad, es muy superior al sujeto que la padece y este sujeto es un fanteoche ridículo, el choque manifiesto entre su inferioridad y la nobleza que pesa sobre él produce un género literario grotesco al que Valle Inclán ha bautizado con el nombre de esperpento.

A través del análisis de fragmentos ilustrativos, Reyes va aclarando ese rasgo básico de los personajes esperpénticos de la obra que estudia.

La conocida intuición certera de Alfonso Reyes para enfocar temas literarios alcanza en este profundo trabajo sobre Valle Inclán uno de sus puntos relevantes. Deberá figurar entre los más logrados ensayos de crítica literaria debidos a la pluma ilustre del polígrafo mexicano.

Hemos recorrido todas las páginas alfonsinas dedicadas a Valle Inclán. Es cierto que el nombre del gallego aparece en una y otra oportunidad en la obra de Reyes que aquí no hemos citado, pero en ellas nada nuevo venía a agregarse a lo revisado ahora por nosotros.

La profusión de citas del ensayista mexicano se explica por la intención de nuestro trabajo: recordar al manco de Madrid en el aniversario de su nacimiento, a través de la visión que de su personalidad y obra nos brindara, en escritos magistrales, uno de los americanos que más hondamente supiera apreciarlo.

Ese lazo de sólida unión entre España y América que fue la amistad de ambos autores queda reflejada en los escritos de Reyes que hemos apostillado. Pensamos que así hemos rendido nuestro modesto homenaje a la memoria imborrable de uno de los mayores creadores de la lengua.